

II

SÍNTOMAS

Mezclémonos con la muchedumbre en las plazas elegantes de las grandes ciudades europeas, en los paseos de los balnearios á la moda, en las *soirées* de las gentes ricas, y examinemos los tipos que encontramos.

Entre las mujeres, la una lleva el cabello liso y desbordando hacia atrás como la Magdalena Doni de Rafael en los Oficios de Florencia; la otra, un peinado alto, ahuecado sobre la frente al modo de Julia, hija de Tito, ó de Plotina, esposa de Trajano, en los bustos del Louvre; una tercera, cortado el cabello casi á rape por delante, con largas ondas en las sienes y en la nuca, rizado y blando á la moda del siglo xv, como está representado por Gentile, Bellini, Botticelli y Mantegna, sobre las cabezas de pajes y de jóvenes caballeros. Muchas de ellas llevan el pelo teñido, y de tal manera que sorprende por su rebeldía contra la ley de la armonía orgánica y producen el efecto de una disonancia buscada que ha de encontrar su resolución en la polifonía superior del conjunto del tocado. Una morena de ojos negros chasquea á la naturaleza poniendo á su rostro de tez mate un marco de pintura de rojo cobrizo ó de amarillo de oro; una hermosa de ojos azules, de tez de leche y de rosas, aumenta la blancura de sus mejillas por una orla de cabellos artificialmente color de ala de cuervo; ésta cubre su cabeza con un ancho y pesado fieltro que con el ala levantada por detrás y sus adornos de gruesas bolas de *pe-*

luche ó felpa, está evidentemente imitado de la montera de los toreros españoles que durante la Exposición Universal de 1889 han lucido su destreza en París y sugerido á las modistas toda clase de motivos; aquélla otra planta sobre sus cabellos la boina de terciopelo verde y roja de los escolares de la Edad Media. El traje continúa lo estrambótico del peinado y de los sombreros; aquí, una mantelita que baja hasta la cintura, hendida por un lado, cruzada sobre el pecho á modo de colgadura y orlada en los bordes con bolitas de seda cuyo meneo incesante es capaz de hipnotizar ó de poner en fuga en un momento á un espectador nervioso; allí, un *peplum* griego cuyo nombre se ha hecho tan familiar al sastre como á un respetable filólogo; al lado del monumental traje almidonado de Catalina de Médicis y del alto corpiño acorazado de María Estuardo, las blancas vestiduras flotantes de los ángeles de la Anunciación en las pinturas de Memling, y en completo contraste con todo esto, una caricatura del traje masculino: levita de paño ceñida, con solapas muy abiertas; chaleco, pechera de camisa almidonada, cuello pequeño y recto y corbata. Como forma predominante se nota en la mayoría, que no quiere ponerse en evidencia y se contenta con un término medio exento de fantasía, un rococo atormentado de líneas oblicuas que desconciertan, con volantes, rodetes, abultamientos y hundimientos incomprensibles, plegados sin principio razonable ni fin justificado, en los cuales naufragan todos los contornos de la forma humana y que hacen parecerse el cuerpo femenino tan pronto á un animal del Apocalipsis, tan pronto á una butaca, á un trípico ó á cualquier otro objeto de aparato y ornamentación.

Los niños de las madres de tal modo emperifolladas van andando al lado de ellas como encarnaciones de una de las aberraciones más intolerables que jamás hayan podido engendrarse en la imaginación enferma de una in-

feliz solterona; son las imágenes encarnadas en criaturas vivas, de la insoportable inglesa Kate Greenaway, condenada por el celibato á renunciar á los goces maternales, y cuyo amor hacia los niños, ahogado y degenerado por consiguiente en una forma contra naturaleza, trata de hallar su satisfacción en dibujos horriblemente amanerados que muestran á los niños bajo los disfraces más ridículos y deshonran sencillamente la infancia sagrada. Un muchachuelo está envuelto de pies á cabeza en la bata roja de un verdugo de la Edad Media; una chiquilla de cuatro años lleva un sombrero de los llamados *cabriolé* como el que usaban sus bisabuelas y arrastra en la cola un largo manto de corte de un matiz chillón; otra rapacilla que apenas si puede sostenerse sobre sus piernecitas, está revestida con el traje de cola, de talle corto, con falda larga, cintura alta y mangas abullonadas de las damas del primer Imperio.

Los hombres completan el cuadro. Sin duda por temor á la risa de los *filisteos* ó por un resto de buen gusto, su traje permanece preservado contra los absurdos más increíbles, y aparte del frac rojo con botones de metal y del calzón corto y medias de seda por los cuales algunos idiotas de los que gastan monóculo y gardenia tratan de parecerse á los artistas de los teatros de monos de otros tiempos, pocas cosas se advierte en ellos que se aparten del tipo dominante del traje masculino de nuestra época. Pero en materia de compostura de las cabezas, la fantasía ejerce tanto más libremente su capricho: éste muestra los bucles cortos y la barba rizada en dos puntas de Lucio Vero; aquél, la cabeza afeitada en medio por una ancha raya y á los lados los cabellos más largos y el bigote poco poblado, erizado como el de los gatos, de un *kakemono* japonés; su vecino, la perilla de Enrique IV; otro cualquiera, el bigote fiero de un lansquenete de F. Brun ó de Callot, ó la enérgica barba cerrada de los guardias cívicos de la *Ronda nocturna* de Rembrandt.

El carácter común de todos estos seres consiste en no dar su verdadera naturaleza, sino en querer representar algo que no son; no se contentan con mostrar su formación natural ni con realzarla mediante artificios permitidos, adaptados á su tipo sentido con exactitud, sino que tratan de encarnar un modelo cualquiera del arte que no tiene ningún parecido con su propio esquema y con frecuencia le está violentamente opuesto, y muy á menudo no imitan un modelo tan sólo, sino varios modelos á la vez, que rabian de verse juntos. De esa manera se observan cabezas sostenidas sobre hombros de los cuales no parecen ser continuación; atavíos cuyas diferentes piezas son incoherentes como un traje de ensueño, asociaciones de colores que parecen haber sido compuestas en la obscuridad. Se tiene la impresión de asistir á una mascarada á la cual cada uno ha concurrido con un disfraz y una cabeza de fantasía; en múltiples ocasiones, como el día del barnizado en el Salón del Campo de Marte en París, ó en la apertura de la Exposición de cuadros de la Academia Real de Londres, esta impresión puede acentuarse tan siniestramente que se cree uno caminar entre larvas juntadas al azar en un saladero de carne fabuloso que muestra cuerpos despedazados: cabezas, troncos, miembros, tal como se han encontrado á mano, y que el ajustador ha ido luego revistiendo sin prestar en ello la menor atención, con los primeros vestidos con que ha tropezado procedentes de todas las épocas de la historia y de todas las partes del mundo. Cada individuo aspira de un modo visible á llamar violentamente la atención por una singularidad cualquiera de contorno, de actitud, de corte, de color, y á fijarla imperiosamente; quiere ejercer una fuerte excitación nerviosa, agradable ó desagradable, poco importa; su idea fija es producir efecto á toda costa.

Sigamos á sus moradas á estos seres de tal manera disfrazados; éstas son á la vez decoraciones de teatro y des-

vanes, tiendas de prendería y museos. El despacho del dueño de la casa es una sala gótica con corazas, escudos y estandartes clavados en las paredes, ó bien un escaparate de bazar oriental con tapices kurdos, cofres de beduinos, *narghilés* circasianos y cajas de laca indias; al lado del espejo de la chimenea, unas caretas japonesas hacen muecas atroces ó estrafalarias; entre las ventanas hay trofeos erizados de espadas, puñales, mazas de armas y viejos pistolones de chispa; el día filtra su luz á través de vidrieras de iglesia que representan santos demacrados en adoración extática; las paredes del salón tienen tapices de los Gobelinos, apolillados, de los cuales un sol de dos siglos ó quizás sencillamente un hábil baño químico, ha comido los colores, ó bien papeles de Morris sobre los cuales pájaros exóticos cruzan ligeramente por el ramaje locamente entretejido, y en donde grandes flores lascivas coquetean con mariposas vanidosas. Entre las butacas y los *pufs*, tales como nuestros contemporáneos dados á la molicie los conocen y los exigen, hay asientos del Renacimiento cuyo fondo de madera, en forma de concha marina ó de corazón, solicitaría á lo sumo el dorso endurecido de rudos héroes de torneos. Una silla de manos dorada y pintada, sorprende puesta entre unos armarios de Boule, y una mesita china estrafalaria, al lado de un escritorio de dama incrustado, de un rococo atractivo; encima de todas las mesas y en todas las vitrinas están expuestas antigüedades grandes y pequeñas, generalmente de una inautenticidad garantizada, ó bien productos de las artes secundarias: una figurilla de Tanagra al lado de una caja de jade con calados, una placa de Limoges próxima á una jarra de cobre persa de cuello largo, una cajita de bombones entre un libro de misa con encuadernación de marfil recortada en los bordes y unas despabiladeras de cobre cincelado. Sobre caballetes envueltos en terciopelo hay cuadros cuyo marco trata por una extravagancia cualquiera: una ara-

ña tejiendo su tela, un manojo de cardos de metal, etc., de atraer indiscretamente la mirada; en un ángulo se alza una especie de templo á un Buda acurrucado ó erguido. El tocador de la señora de la casa participa de la capilla y del harén: la mesilla del tocador está concebida y decorada á manera de altar; un reclinatorio garantiza la piedad de la habitante del cuarto y un ancho diván con almohadones desordenados parece tranquilizar respecto á la severidad de esta piedad. Las paredes del comedor están adornadas con todos los artículos de un almacén de porcelana: una preciosa vajilla de plata está expuesta en un viejo aparador rústico, y sobre la mesa florecen orquídeas aristocráticas, mientras que soberbios centros de mesa de plata brillan entre los platos y botijas de loza campestres. La luz difundida por la noche en estas habitaciones por altas lámparas, está á la vez amortiguada y teñida por pantallas rojizas, amarillas, verdes, de forma excéntrica, con frecuencia bordadas con encajes negros; las personas iluminadas de esta manera semejan tan pronto estar bañadas en una niebla pintorreada y transparente, tan pronto envueltas por una claridad coloreada, mientras que hábiles penumbras velan misteriosamente los ángulos y el fondo y artificiosas combinaciones de colores acicalan los muebles y los *bibelots* con una originalidad que no tienen á la luz natural; en cuanto á las personas, se complacen por su parte, en adoptar posturas estudiadas que les permiten hacer que crucen por sus rostros efectos de luz á la Rembrandt ó á la Schalken. Todo en estas viviendas trata de excitar y de trastornar los nervios: la incoherencia y la oposición de todos los objetos, la constante contradicción entre sus formas y sus usos, lo estrambótico de la mayor parte de ellos, todo tiende á provocar la estupefacción; es preciso evitar que en ellas se sienta la calma que se experimenta ante un conjunto que la mirada abarca fácilmente, la satisfacción que mece el espíritu cuando se penetra uno bien de todos

los detalles de lo que le rodea. Los que entran en esta mansión no han de adormecerse, sino que han de vibrar; cuando el dueño de la casa recorre estos cuartos envuelto en un blanco sayal de fraile, siguiendo el ejemplo de Balzac, ó en el manto rojo de un jefe de bandidos de opereta, imitando á M. Juan Richepin, expresa sencillamente la confesión de que sobre ese tablado ha de aparecer lógicamente un polichinela. Todo se halla reunido al azar de un modo heterogéneo, sin tener en vista una unidad cualquiera: un estilo histórico bien determinado se le tiene por rancio y de una pesadez provinciana, y en cuanto á un estilo propio, la época no lo ha producido todavía. La única tentativa para encaminarse hacia este objeto puede acaso encontrarse en los muebles de M. Carabin, expuestos en el Salón del Campo de Marte de París; pero aquéllas barandillas de escalera, sobre las cuales bajan dando volteretas furias desnudas y hechizadas, aquellas bibliotecas, de las cuales forman el zócalo y una pilastra cabezas cortadas de asesinos, hasta aquella mesa que ofrece el aspecto de un libro gigantesco abierto y llevado por gnomos, constituyen un estilo propio para fabricitantes ó condenados; si el director general del infierno del Dante tiene un salón de recepción, seguramente tendrá que estar guarnecido con muebles semejantes: las creaciones de M. Carabin no son un mueblaje, sino una pesadilla.

Hemos visto cómo la buena sociedad se viste y se instala. Examinemos ahora cómo se divierte, en dónde busca sus excitaciones y sus distracciones. En el Salón de Pintura se agrupa con ligeros gritos de admiración, no más altos de lo que conviene, alrededor de las mujeres de M. Besnard, que tienen cabellos de color verde de prado, rostros amarillo de azufre ó rojo de llama, brazos salpicados de violeta y de rosa, y que están vestidas con una fosforescente nube azulada que afecta la forma, justo lo suficiente para que pueda reconocerse, de bata de casa.

¿La buena sociedad gusta, pues, del derroche de colores atrevidamente revolucionarios? Sí; pero no exclusivamente; puesto que, después de pararse ante Besnard, cumple con un éxtasis tan marcado, ó aún más marcado, sus devociones ante el Puvis de Chavannes, de colores pálidos y apagados, como obtenidos con ayuda de una lechada de cal semitransparente; ante el Carrière, inundado por un vapor enigmático, como penetrado por una nube de incienso; ante el Roll, vibrante en medio de una suave luz argentada. El violeta de los discípulos de Manet, sumergiendo uniformemente toda la creación visible en una luz de cuento de hadas; los arcaístas con sus medios tonos ó mejor dicho los espectros de colores olvidados, aventados, como resucitados de una antigua tumba; esa paleta « hoja de otoño », « marfil viejo », amarillo vaporoso, púrpura apagado, atraen, en suma, más miradas entusiastas que la opulenta sinfonía del grupo de Besnard. Aquello que el cuadro representa parece dejar indiferentes á los espectadores escogidos; únicamente las gentes del campo y las costureras, público fiel y agradecido de los cromos, se interesan por « la anécdota »; y no obstante, los visitantes escogidos se paran de preferencia, en sus paseos artísticos, ante « *Cada cual su quimera* » de M. Henri Martín, en cuyo lienzo unas formas humanas borrosas que se deslizan por un caldo amarillo hacen toda clase de cosas incomprendibles que una explicación profunda tendría primero que ayudar á comprender; ante *El Cristo y la mujer adúltera*, de M. Jean Béraud, donde en un comedor parisién, en medio de la concurrencia de frac, ante una dama en traje de baile, un Cristo auténtico, vestido á lo oriental y con una aureola á la manera ortodoxa, se entrega á una pantomima de una escena del Evangelio; ó ante los borrachos y bravucones de las afueras parisienses de M. Rafaelli, de un dibujo intenso, pero pintados con agua fangosa y arcilla diluida. Cuando se navega á través de una exposición de pintura siguiendo la estela de la

sociedad elegante, se nota invariablemente que ésta pone los ojos en blanco y junta las manos ante cuadros que hacen prorrumpir en carcajadas á las gentes ordinarias ó hacen salir á sus rostros esa expresión de enfado peculiar á las gentes que se creen mixtificadas, y que la sociedad escogida se apresura á pasar encogiéndose de hombros ó cruzando entre ellos miradas burlonas, por delante de las obras ante las cuales estacionan los demás con un placer agradecido.

En la Opera y en los salones de conciertos, las formas estadizas de la antigua melodía dejan frío al auditorio; la transparencia del trabajo temático de los maestros clásicos, su observación concienzuda de las leyes del contrapunto, se consideran como vulgarotas y aburridas. Oyendo una « coda » final que cae seductoramente, concluye de una manera clara, en un punto de órgano justo y armónico, la gente bosteza; los aplausos y las palmas se dirigen al *Tristán é Isolda* de Wagner y singularmente á su místico *Parsifal*, á la música de iglesia del *Ensueño* de M. Bruneau, á las sinfonías de César Franck. La música destinada á gustar tiene que ó bien fingir el recogimiento religioso, ó desconcertar por su forma; el auditor musical tiene la costumbre de desarrollar involuntariamente un poco en pensamiento cada motivo que se presenta en un trozo de música; ahora bien, la manera cómo el compositor conduce el motivo ha de ser distinta absolutamente de este desarrollo anticipado; es preciso que no se pueda adivinarla; allí donde se espera un intervalo consonante, ha de resultar uno disonante; cuando se espera oír la frase llevada en cadencia final plausible hasta su término natural, es necesario que quede cortada bruscamente en medio del compás; los modos y las claves han de cambiar súbitamente; en la orquesta, una ardiente polifonía ha de llamar la atención hacia cuatro ó cinco lados á la vez; instrumentos aislados ó grupos de instrumentos han de desencadenarse sin consideración los unos hacia los

otros, simultáneamente sobre el auditor hasta hacerle caer en el estado nervioso de un hombre que se esfuerza en vano por comprender las palabras entre el murmullo confuso de una docena de voces que le hablan. El tema, aunque tenga al principio un contorno claramente pronunciado, ha de irse haciendo cada vez más indeciso, perderse insensiblemente cada vez más y fundirse pronto en una niebla en la cual la fantasía puede ver, como en las nubes nocturnas que atraviesan veloces el espacio, todas las formas que se le antojen; la onda sonora ha de deslizarse sin bordes ni objeto fáciles de reconocer en series de *trioletes* infinitos, subiendo y bajando cromáticamente, y ha de hacer aparecer á veces ante la vista del auditor arrebatado por ella y buscando ansiosamente la tierra, una ribera lejana que no tarda en convertirse en un miraje que huye. La música tiene que prometer constantemente, pero no ha de cumplir nunca; ha de hacer como si quisiera contar un gran secreto, y callarse ó divagar antes de haber pronunciado la palabra esperada con palpitaciones; el auditor busca en el salón de conciertos estados de alma á lo Tántalo, y lo abandona con el profundo agotamiento nervioso de la joven pareja amorosa que en la cita nocturna, ha tratado de cambiar caricias, durante horas enteras, á través de una ventana de estrechas rejas.

Los libros que divierten ó edifican al público que vamos describiendo difunden un curioso perfume, en el cual se pueden distinguir el incienso, el agua de Lubin y el basurero, con predominio alternativo del uno ó del otro de estos olores; las simples exhalaciones de cloacas no bastan ya; la poesía fangosa de M. Zola y de sus discípulos en inmundicia literaria se ha quedado atrás y no puede en adelante dirigirse sino á capas sociales y á pueblos atrasados; la clase que forma la vanguardia de la civilización se tapa las narices ante las letrinas del naturalismo no atenuado, y no se inclina sobre él con simpa-

tía y curiosidad á menos que si una hábil canalización ha llevado á ellas también algún perfume de tocador y de sacristía. La sensualidad desnuda se considera como vulgar y no se admite sino cuando se presenta bajo la forma de vicio contra naturaleza y de degeneración. Libros que tratan sencillamente de las relaciones entre el hombre y la mujer, aun sin velo alguno, parecen en absoluto de una moralidad ñoña; la titilación elegante comienza tan sólo allí donde termina la sexualidad normal; Priapo ha llegado á ser el símbolo de la virtud; el vicio busca sus encarnaciones en Sodoma y en Lesbos, en el castillo del señor de Barba Azul y en la alcoba de criada de la Justina del « divino » marqués de Sade. La primera condición del libro que quiere ponerse de moda ha de ser ante todo, la obscuridad; lo que se comprende es trivial y bueno únicamente para el populacho; el libro ha de pregonar, además, un cierto tono de unción, pero no demasiado importuno, de predicador, y hacer que sucedan á las escenas lúbricas explosiones deshechas en llanto de amor hacia todos los humildes y los dolientes, ó bien transportes inflamados de ferviente creencia en Dios. Gustan mucho los cuentos de aparecidos, pero presentados bajo un disfraz científico, como hipnotismo, telepatía, sonambulismo; los títeres en que compadres de aspecto candoroso, pero ladinos, hacen balbucear como niños pequeños ó como imbéciles á las figuras anticuadas de las baladas; las novelas esotéricas, en fin, en las cuales el autor da á entender que podría decir mucho acerca de la magia, la cábala, el fakirismo, la astrología y otras ciencias blancas y negras, por poco que lo quisiera. La gente se embriaga con las sucesiones nebulosas de palabras de las poesías simbólicas; Ibsen destrona á Goethe; se coloca á Mæterlinck en la misma fila que á Shakespeare; críticos alemanes y aun franceses declaran á Federico Nietzsche el primer escritor alemán de la presente época; la *Sonata de Kreutzer*, de Tolstoï, es la Biblia de las

dilettanti del amor que han perdido la cuenta de sus amantes; señores *comm' il faut* encuentran « muy distinguidos » los refranes vulgares y las coplas carceleras de Jules Jouy, de Bruant, de Mac Nab y de Xanrof, á causa de la « tibia simpatía que circula » (las palabras entre comillas son una fórmula); y hombres de mundo que sólo creen en el *baccarat* y en la Bolsa van en peregrinación al misterio de la Pasión representado por los labriegos de Oberammergau, y se enjugan las lágrimas leyendo las invocaciones de M. Paul Verlaine á la Santa Virgen.

Exposiciones artísticas, conciertos, teatros y libros por muy extraordinarios que fuesen, no bastan sin embargo para las necesidades estéticas de la sociedad elegante. Esta busca satisfacciones ignoradas, exige excitaciones más fuertes y espera encontrarlas en las exhibiciones en las cuales diferentes artes se esfuerzan por obrar simultáneamente sobre todos los sentidos por medio de combinaciones nuevas; poetas y artistas se atormentan sin cesar en vano para satisfacer este instinto. Un pintor que desde luego se ha preocupado mucho menos de nuevas impresiones que por el viejo excelente reclamo, muestra de noche, en un salón profundamente crepuscular, un cuadro suyo que representa medianamente á Mozart moribundo componiendo su *Requiem*, mientras que un rayo de luz eléctrica que ciega, hábilmente enfocado, cae sobre el cuadro, y una orquesta invisible toca suavemente el *Requiem*; un músico va más allá: llevando al extremo una idea de Bayreuth, organiza un concierto en una sala sumida en una noche completa y recrea de este modo á aquellos de los auditores á los cuales una vecindad felizmente escogida ofrece la ocasión de aumentar agradablemente en la obscuridad las emociones musicales con emociones de otro género. El poeta Haraucourt hace que Sarah Bernhardt declame en la escena una paráfrasis del Evangelio escrita en vigorosos versos, mientras que una música discreta acompaña como en los anti-

guos melodramas, á la actriz, tocando una « melodía sin fin ». Los zapadores, los que van en las avanzadas, se dirigen también al sentido olfactivo, injustamente menospreciado hasta aquí en las bellas artes, y le invitan á tomar parte en los deleites estéticos; en el teatro instalan un vaporizador que lanza perfumes sobre los espectadores; en la escena, un actor declama una poesía de forma aproximadamente dramática; en cada estancia, cada acto, cada escena, cualquiera que sea el nombre que se quiera dar á la cosa, domina una vocal distinta; en cada una de aquéllas el teatro está alumbrado por una luz diferente; en cada una, la orquesta toca un trozo de distinta factura y el vaporizador envía otro perfume diferente. La idea de este acompañamiento del verso por el perfume ha sido propuesta medio en broma por Ernesto Eckstein hace ya algunos años; se ha realizado en París con una seriedad religiosa. Los innovadores van al cuarto de los niños y se apoderan del teatro Guignol para representar en él, con destino á los adultos, comedias que dentro de una nota artificialmente inocente, revelan ó esconden un sentido con pretensiones de profundo, y para hacer desfilas las sombras chinescas que perfeccionan con notable talento é ingeniosidad; figuras graciosamente dibujadas y coloreadas se mueven sobre fondos con sorpresas luminosas, y estos cuadros animados hacen visible el curso de las ideas de una poesía recitada con esta ocasión por el autor, de cuya poesía un piano trata también de hacer sensible para el oído el sentimiento fundamental. Y para disfrutar de estas exhibiciones, la « sociedad » se agolpa en un circo de arrabal, en el sotabanco de una casa de vecindad, en una tienda de ropavejero ó en una taberna fantástica, cuyas representaciones reúnen en una sala común, en la cual se bebe cerveza, á los parroquianos mugrientos ordinarios y á las marquesas vaporosas y etéreas.

III

DIAGNÓSTICO

Las manifestaciones descritas en el capítulo precedente tienen forzosamente que saltar á la vista de todos y cada uno, hasta del *filisteo* más obtuso. Pero éste las considera como una moda y nada más, y las frases corrientes: capricho, excentricidad, afectación de lo nuevo, instinto de imitación, le parecen una explicación suficiente. El hombre que tiene pretensiones de ingenioso, al cual su educación exclusivamente estética no permite comprender el encadenamiento de las cosas ni penetrar su verdadera significación, se engaña neciamente á sí mismo y engaña á los demás con respecto de su ignorancia, valiéndose de frases sonoras y habla enfáticamente de una « investigación inquieta de un ideal nuevo por el alma moderna », de unas « vibraciones más ricas del sistema nervioso refinado de los contemporáneos », de unas « sensaciones ignoradas del hombre escogido ». Pero el médico, singularmente el que se ha dedicado al estudio especial de las enfermedades nerviosas y mentales, reconoce al primer golpe de vista en la disposición de espíritu « fin de siglo », en las tendencias de la poesía y del arte contemporáneos, en la manera de ser de los creadores de obras místicas, simbólicas, « decadentes », y en la actitud de sus admiradores, en las inclinaciones é instintos estéticos del público á la moda, el síndrome de dos estados patológicos bien definidos que conoce perfectamente: la de